

GABRIELA MISTRAL

Selección y nota introductoria de
CARMEN ALARDIN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2009

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	4
INTERROGACIONES	8
DESVELADA	9
BALADA	9
RUTH	10
VERGÜENZA	11
EL SUPPLICIO	12
LOS SONETOS DE LA MUERTE	13
EL REPARTO	14
UNA PALABRA	16
LA LLUVIA LENTA	17
OTOÑO	18
ME TUVISTE	19
EL RUEGO	19
AUSENCIA	21
EL DIOS TRISTE	22
LA MUERTE FUERTE	23
EL AMOR QUE CALLA	23
ÍNTIMA	24

LA OTRA	25
EL VASO	26
VOLVERLO A VER	27
LA EXTRANJERA	27
CANCIÓN DE LA SANGRE	28
LA FUGA	29

NOTA INTRODUCTORIA

Siempre al hablar de la poesía de Gabriela Mistral acaban por contarnos la vida de la autora, alabando su peculiar magnetismo y las circunstancias dolorosas o gozosas que la rodearon. Pero poco importa a un lector que busca la poesía como obra de arte, separada ya del ser humano que la trajo al mundo, los factores de fracaso o de triunfo que originaron la concepción de dicho poema.

La poesía de Gabriela Mistral tiene valores indiscutibles que la rescatan del deterioro del tiempo, pero en las antologías destinadas a estudios secundarios se han presentado los poemas menos representativos, aquellos que abundan en convencionalismos y carecen casi por completo de valores literarios.

En esta breve selección he procurado dar una muestra de cada una de sus actitudes básicas, extrayendo poemas de su libro *Desolación* sobre todo, algunos de *Lagar* y otros de *Tala*. Indudablemente la actitud más auténtica en la poesía de Gabriela Mistral, es la de “mediadora”. Fuera de modas y de cambios de estilo lo que un poeta debe ser siempre es precisamente “un mediador”, un mensajero que viaja a las esencias para regresar y cubrir con ellas los objetos hacia la esencia misma, hacia ese distinto nivel a donde los poetas entran y salen sin poder explicar con qué fórmula se llega, pues aquí no hay un sencillo “Ábrete sésamo” como en el cuento de Ali Baba. Gabriela, más que una “maestra”, como se la designaba en su tiempo, podría considerarse como una embajadora del ser humano. Ella ruega, implora constantemente para que la poesía, a quien ella llama divinidad, empape al hombre con su toque sublime. Así es como en “El Ruego”, en donde concretamente eleva su oración y suplica por el suicida... le recuerda a la divinidad... “Señor tú sabes cómo, con encendido brío/ por los seres extraños mi palabra te invoca./ Y en el siguiente cuarteto añade: “Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;/ ¡no tengas ojos torvos si te pido por éste!” En la mayoría de

sus poemas vemos a Gabriela Mistral de mediadora, pidiendo por los suicidas en ese conocido poema llamado “Interrogaciones”. Sus biógrafos le atribuyen triviales historias de amor, basados en la melodramática afirmación de la poetisa, quien aseguraba... “todo aquel que me ama, muere”. Pero lo cierto es que en sus poemas predomina ese oculto ruego por alguien, por algo, como si no se atreviese a rogar por sí misma, ya que, teniendo el don de la poesía, se sentía ya por ello superior al resto de los seres mortales. La encontramos de ese modo implorando por los judíos, a quienes ella admiraba, pues hay cierto tono a veces en sus poemas de la sobriedad, de lo arcaico y lo adusto del pueblo judío. La Mistral fue de las primeras poetisas contemporáneas que sintió inclinación hacia la naturaleza sin artificios, sin afeites. En efecto, frecuentemente la sentimos identificada con la roca, la montaña, la escueta higuera, que, como afirmaba Rilke, está llena de sentido porque elude florecer. La Mistral se debate continuamente entre esa esperanza y desesperanza, como si algo en ella hubiera alcanzado la plenitud de la flor porque como afirma en su poema “La otra”, mató a la otra que estaba dentro de sí. Esa lucha entre la esperanza y desesperanza, está presente sobre todo en su poema llamado “Viernes Santo”... “No remuevas la tierra, Deja mansa/ la mano y el arado; echa las mieses/ cuando ya nos devuelvan la esperanza,/ que aún Jesús padece.” Pero en ese padecer de Jesús, está implorando también alivio para el padecimiento del hombre, esperanza para sí, para la humanidad que ella no alcanza a comprender del todo porque se siente de una especie diferente. Ella es la mediadora, la fuerte, tan fuerte que hasta la misma vida le sobra, como le afirma en “La abandonada”, uno de los más logrados poemas de *Lagar*... “Todo me sobra y yo me sobro/ como traje de fiesta para fiesta no habida;/ ¡tanto Dios mío, que me sobra/ mi vida desde el primer día!” En “La Abandonada”, la voz de Gabriela se quiebra en esa profunda queja de quien declara que esperaba algo más del mundo, que deseaba esa fiesta que nunca hubo, que tal vez nunca habrá.

Sin embargo, no todo es desesperanza en ella. Cuando admira la naturaleza y a la raza judía como representante de esa naturaleza ruda, es firme en su admiración y la belleza le proporciona la esperanza que ella siente que existe en otro mundo que ella conoció y que no es otro que el mundo de la poesía a donde ella se sumerge cuando decide ir de intermediaria para esta humanidad carente de lo más esencial, que es la esencia de la poesía. Piensa que, a pesar de la imposibilidad del plasmar el amor, ya que se siente con los brazos abiertos esperando un fantasma, sin embargo a pesar de eso, una cita, un detalle afectuoso, pueden infundir la belleza en quien ama, aunque sea por ese momento en que el Amor visite al mundo. Es así cuando exclama convencida: “¡que ya mañana al descender al río/ la que besaste llevará hermosura!”

Algunos que se precian de críticos acuciosos, aseguran que la Mistral no obtuvo el Premio Nobel (1945) por méritos poéticos, sino por un peculiar magnetismo que de ella emanaba. No podemos discutir aquí ese magnetismo los que no la conocimos personalmente. De ella sólo conocemos lo que escribió, lo que narran los biógrafos, y sobre todo que no nos interesan los premios sino lo que de perdurable y testimonial pueda tener la poesía, y la poesía de la Mistral reúne muchas de esas virtudes.

Gabriela Mistral, cuyo verdadero nombre era Lucila Godoy, nació en Monte Grande, aldea muy pequeña cercana a Vicuña, capital de Elqui, en el año de 1889. Lo que nos cuentan sus biógrafos nos lleva a la deducción de que nunca llegó a la madurez. Tal vez en esa falta de madurez reside la fuerza magnética que proyectaba y la fuerza de su poesía. Ella misma a través de sus poemas revela que no se sentía vivir del todo en este mundo como en el que acabamos de citar, en donde le sobra la vida y al mismo tiempo reconoce en el poema también ya citado... haber dado muerte a “la otra” parte de sí misma. Murió en 1957.

El colorido de su poesía va siempre de acuerdo con los estados anímicos que desea proyectar, así como también la musicalidad de su verso, casi nos hace sentir

la forma de las cordilleras y los paisajes a los que está haciendo alusión en ese momento. Para lograr esa armonía se requiere también de una energía profunda, una fuerza que sólo puede poseer aquel que es perezoso para los otros menesteres.

También se ha comentado que en un tiempo se sintió atraída por las doctrinas teosóficas, y que esta inclinación influyó en su poesía. Esa curiosidad ha existido en cualquier artista o, en cualquier ser humano que sea sensible, sea o no sea creativo. Pero en el arte influye todo y nada. Yo me inclino a pensar que en los grandes creadores muy poco tiene que ver la experiencia vital y que hubieran escrito lo mismo encerrados en una celda que en una cueva aislada en medio de los bosques.

El artista no necesita tocar como Santo Tomás, sino que, su creación es suficiente para hacernos tocar el mundo incluso a los que carecemos de olfato y tacto bien desarrollado.

CARMEN ALARDIN

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pintas a sus rosas unas formas de heridas?
¿no tienes acre el dolor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las largas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecidos?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
¡no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra,
¡Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

DESVELADA

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
“¿Estás conmigo aún? ¡Ay, no te alejes!”

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños: —“¿No te has ido?”

BALADA

Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar,
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

Él irá con otra
por la eternidad.

Habr  celos dulces.
(Dios quiere callar)
 Y él ir  con otra
por la eternidad!

RUTH

A González Martínez

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
ba a terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa.

Que la abundancia ha cegado el camino...
 Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino!

II

Booz mir  a Ruth, y a los recolectores.
Dijo: "Dejad que recoja confiada"...
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;

su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fue sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dio al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vio en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fue por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas.
Ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,

¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

EL SUPPLICIO

Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas
¡tenga piedad!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron su vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: —“Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales,
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos, o le siegas en flor.”

Se detuvo la barca rosa de vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

EL REPARTO

Si me ponen al costado
la ciega de nacimiento,
le diré bajo, bajito,
con la voz llena de polvo:
—Hermana, toma mis ojos.

¿Ojos? ¿para qué preciso
arriba y llena de lumbres?
En mi Patria he de llevar
todo el cuerpo hecho pupila,
espejo devolvedor
ancha pupila sin párpados.

Iré yo a campo traviesa
con los ojos en las manos
y las dos manos dichas
deletreando lo no visto
nombrando lo adivinado.

Tome otra mis rodillas
si las tuyas se quedaron
trabadas y empedernidas
por las nieves o la escarcha.

Otra tómeme los brazos
si es que se los rebanaron.
Y otras tomen mis sentidos.
Con su sed y con su hambre.

Acabe, así consumada
repartida como hogaza
y lanzada a sur o a norte
no seré nunca más una.

Será mi aligeramiento
como un apear de ramas
que me abajan y descargan
de mí misma, como de árbol.

¡Ah, respiro, ay dulce pago,
vertical descendimiento!

UNA PALABRA

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libero de ella
aunque me empuje su empujón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.

Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores
o sepultarla con cal y mortero
porque no guarde como el alma el vuelo.

No quiero dar señales de que vivo
mientras que por mi sangre vaya y venga
y suba y baje por mi loco aliento.
Aunque mi padre Job la dijo, ardiendo,
no quiero darle, no mi pobre boca
porque no ruede y la hallen las mujeres
que van al río, y se enrede a sus trenzas
o al pobre matorral tuerza y abraza.

Yo quiero echarle violentas semillas
que en una noche la cubran y ahoguen,
sin dejar de ella el cisco de una sílaba.
O rompérmela así como la víbora
que por mitad se parte entre los dientes.

Y volver a mi casa, entrar, dormirme,
cortada de ella, rebanada de ella,
y despertar después de dos mil días
recién nacida de sueño y olvido.

Sin saber ¡ay! que tuve una palabra
de yodo y piedra-alumbre entre los labios
ni poder acordarme de una noche,
de la morada en un país extranjero,
de la celada y el rayo a la puerta
y de mi carne marchando sin su alma!

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envió de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
y transida.

Llueve..., y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

OTOÑO

A esta alameda muriente
he traído mi cansancio,
y estoy ya no sé qué tiempo
tendida bajo los álamos,
que van cubriendo mi pecho
de su oro divino y tardo.

Sin un ímpetu la tarde
se apagó tras de los álamos.
Por mi corazón mendigo
ella no se ha ensangrentado.
Y el amor al que tendí,
para salvarme, los brazos,
se está muriendo en mi alma
como arbol desflocado.

Y no llevaba más que este
manojito atribulado
de ternura, entre mis carnes
como un infante, temblando,

¡Ahora se me va perdiendo
como un agua entre los álamos;
pero es otoño, y no agito,
para salvarlo, mis brazos!

En mis sienes la hojarasca
exhala un perfume manso.
Tal vez morir sólo sea
ir con asombro marchando
entre un rumor de hojas secas
y por un parque extasiado.

Aunque va a llegar la noche,
y estoy sola, y ha blanqueado
el suelo un azahar de escarcha,
para regresar no me alzo,
ni hago lecho, entre las hojas,

ni acierto a dar, sollozando,
un inmenso Padre Nuestro
por mi inmenso desamparo.

ME TUVISTE

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la Tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
el que va meciendo.

EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.

Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuida hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojos torvos si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fue cruel? ¿Olvidas, Señor que le quería?
y él sabía suya la entraña que llegaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrez tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.
¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, delante tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuera, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de mares solos.

¡Se nos va todo, se nos va todo!

EL DIOS TRISTE

Mirando la alameda, de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de locura embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
“Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso, ¡inmenso!, pero te hallas herido.”

LA MUERTE FUERTE

Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,
mujer de saya azul y de tostada frente,
que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía
vi abrir el surco negro en un abril ardiente.

Alzaba en la taberna, honda, la copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,
agrandados al par de maravilla y llanto.

Y el lodo de tus pies todavía besara,
porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara
¡y aun te sigo en los surcos la sombra con mi canto!

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro.

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

ÍNTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombras en los entretejidos dedos.

Y dirías: “No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos.”

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: “La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso.”

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:

¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

LA OTRA

Una en mí maté:
yo no la amaba.

Era la flor llameando
del cactus de montaña;
era aridez y fuego;
nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía
a pies y a espaldas
y no bajaba nunca
a buscar “ojos de agua”.

Donde hacía su siesta,
las hierbas se enroscaban
de aliento de su boca
y brasa de su cara.

En rápidas resinas
se endurecía su habla,
por no caer en linda
presa soltada.

Doblarse no sabía
la planta de montaña,
y al costado de ella,
yo me doblaba...

La dejé que muriese,
robándole mi entraña.
Se acabó como el águila
que no es alimentada.

Sosegó el aletazo,
se dobló, lacia,
y me cayó a la mano
su pavesa acabada...

Por ella todavía
me gimen sus hermanas,
y las gredas de fuego
al pasar me desgarran.

Cruzando yo les digo:
—Buscad por las quebradas
y haced con las arcillas
otra águila abrasada.

Si no podéis, entonces,
¡ay!, olvidadla.
Yo la maté. ¡Vosotras
también matadla!

EL VASO

Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya:
sólo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de estas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.

Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
¡y mi mirada inmensa será tu único manto!

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trezaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo una luna plácida o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

LA EXTRANJERA

—“Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no se qué algas y no se qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.
En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.
Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase

sería como el mapa de otra estrella.
Vivirá entre vosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden solo bestezuelas.
Y va a morirse en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera*".

CANCIÓN DE LA SANGRE

Duerme, mi sangre única
que así te doblaste,
vida mía, que se mece
en rama de sangre.

Musgo de unos sueños míos
que te me cuajaste,
duerme así, con tus sabores
de leche y de sangre,

Hijo mío, todavía
sin piñas ni agaves,
volteando en este pecho
granadas de sangre.

Si sangre tuya, latiendo
de las que tomaste,
durmiendo así, tan completo
de leche y de sangre.

Cristal dando unos traslucos
y luces, de sangre;
fanal que alumbra y me alumbra
con mi propia sangre.

Mi semillón soterrado
que te levantaste;
estandarte en que se para
y cae mi sangre;

Camina, se aleja y vuelve
a recuperarme.
Juega en la duna, echa
sombra y es mi sangre.

¡En la noche, si me pierde,
lo trae mi sangre.
¡Y en la noche, si lo pierdo,
lo hallo por su sangre!

LA FUGA

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de burlas y de expolio.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acento rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo

galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos,
sin decir el secreto doloroso:
que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas,
te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz, o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o en mí tú vas, en terrible convenio,
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre por entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

Portada:
Dibujo de W. Lam

Editor:
Fernando Maqueo